

Aspecto inédito de la biografía del Conde-Duque de Olivares: Su epistolario con el Almirante General D. Antonio de Oquendo

por

Ignacio de Arzamendi. Pbro.

Vamos a ofrecer pronto, por primera vez, al culto lector, las primicias de nuestra modesta obra «BIOGRAFIA DEL HEROE CANTABRO», el insigne marino donostiarra don Antonio de Oquendo. En nuestra peregrinación por los archivos hemos tenido la fortuna de consultar las mejores fuentes para el estudio de nuestro personaje. Intentamos a través de sus páginas descubrir las múltiples facetas de su actividad como hombre y como marino. Destacan sus relaciones con los más ilustres políticos y marinos de la época: Don Luis Fajardo, don Fadrique de Toledo, el Príncipe Emmanuel de Saboya, los Reyes Felipe III y IV, el Conde-Duque de Olivares, el Duque de Medinasidonia, el Marqués de Velada, el Cardenal Infante. Toda una serie de figuras de la marina desfilan ante los ojos inquietos del lector. Hemos puesto empeño especial en destacar en todo su relieve la fisonomía guipuzcoana y donostiarra de Oquendo en orden a las instituciones forales y municipal de San Sebastián, adelantando un capítulo de la biografía de su padre, don Miguel de Oquendo, glorioso Vicealmirante de la Gran Armada.

Nos ceñimos, con todo, en el presente artículo, a bosquejar las incidencias curiosas e inéditas interferidas entre el Conde-Duque de Olivares y el marino donostiarra.

Corrían aires de fronda en la marina española del primer cuarto del siglo XVII. Don Gaspar de Guzmán, desde su ascensión

a la privanza de Felipe III, urgía el apresto de navíos españoles para la próxima campaña en los variados frentes de guerra. Del éxito en la mar dependían, según él, los futuros destinos de España. Ciertamente no se escapó a su sagacidad la comprensión de las mil complicaciones políticas a que dieron lugar sus dos actos primeros diplomáticos con Holanda e Inglaterra. Ejercía en su plan influjo incoercible el ideal imperialista de Carlos V. A prevenir, pues, el nuevo capítulo de la Historia (que se abría con la privanza del infatuado don Gaspar), se dirigían las urgentes demandas del Conde-Duque en cuanto a las nuevas construcciones navales, y las cartas de confianza expedidas a los jefes de los ejércitos de tierra y mar.

De esta fecha—año 1622—datan las relaciones de don Gaspar con nuestro Oquendo.

El famoso y tan asendereado Olivares (cuya figura en su aspecto psicológico mereció tan brillante estudio de don Gregorio Marañón), se nos descubre en su correspondencia con el marino donostiarra. Las etapas de la singular pasión de mando en el Conde-Duque se estereotipan palpablemente en unas cartas expedidas a nombre de Oquendo.

La que a continuación transcribimos, nos muestra aquel período o fase que calificaríamos de eufórico: «Vuestra merced abrá oído de mi que no le ayudo en esta parte y lo que deseo que las Armas de esta Corona sean tan temidas en las costas, como en la tierra. Sé muy bien las dificultades que hay para conseguirlo, pero nada me divierte de este intento; fiad en que se trata de la causa de Dios y en que tenemos a Vuestra Merced para que nos ayude. Guarde Dios a Vuestra Merced muchos años». Y con letra autógrafa el valido apostilla la siguiente postdata: «Vuestra Merced esté cierto que yo le estimo como se debe a sus partes; los procure servir a esta medida.—El Conde de Olivares».

En ocasiones más solemnes le veremos mover la abulia del indolente Rey para rendir el tributo de admiración a los méritos del jefe donostiarra.

A todos constaba la singular capacidad técnica, y la energía y prudencia con que supo conducir siempre a buen fin las empresas,

aun las más descabelladas, encomendadas a Oquendo. De ahí el afecto de sus superiores y la carrera ascensional a los grados más elevados de la jerarquía naval. Así, a juicio del Duque de Medinasiona, «no se puede negar a don Antonio de Oquendo que en su profesión es hoy el mejor sujeto en la suficiencia y no lo borra con ruin vida ni con malas artes, porque es ejemplar en la virtud y en servir con celo y limpieza de intereses».

Conocedor Olivares, como pocos, del mérito de aquél, le distinguió con una confianza singular, acreditando lo que era público y notorio: «que éste (Oquendo) es uno de los mayores capitanes más arriesgados, valerosos y peritos en la marinería que ha visto la Monarquía de España».

A la muerte del Capitán General del Mar Océano, don Luis de Fajardo, amigo íntimo y protector de Oquendo, siguióle en el ejercicio del cargo don Fadrique de Toledo. Fácilmente se granjeó el afecto de éste en el ejercicio de la almirantía general como lo acreditaron su apoyo desinteresado al nombramiento de Oquendo para el cargo de Almirante General del Mar Océano, y la enérgica defensa contra las incalificables pretensiones de algún Ministro de nombrar a don Antonio, Presidente de la Real Audiencia de Panamá.

Desconcierta a primera vista la despiadada animosidad y envidia encendidas en las altas camarillas cortesanas a cada suceso próspero de la trayectoria gloriosa del marino Oquendo. Hubo, o mejor dicho, se tuvo la pretensión de cerrarle el camino a la gloria, confinándolo a un cargo de administración o de gobierno. ¿Quién pudo ser el animador de esta baja política desacreditativa contra Oquendo? ¿Queda exento de culpa el empingorotado privado de Felipe IV?

La incomprensible pasión de mando del Conde-Duque arrastró al Gobierno de Felipe IV a un grado de despotismo sin igual. Las medidas dictatoriales, absurdas en la práctica, máxime en asuntos marinos, acentuaron la desconfianza de los jefes navales más preclaros. Desconocedor don Gaspar del mecanismo y eficiencia de los medios marinos de la nación, proyectaba alzarse, cual un dios proteico, como el creador de una fuerza marítima, sin

admitir competencia en el mando y dirección de tal Ministerio.

En su megalomanía surgía competidora la figura de un prócer, dinámico conductor de las naves de la imperial España: Don Fadrique de Toledo. Heredero de la tradición familiar en afanes de mar de don Pedro García de Toledo, cumplió a satisfacción de todos su misión de jefe indiscutible. Su gloria, empero, empañaba cual sombra fatídica la ambición desmedida del dictador. Y sucedió... Cuanto más eficaz se revelaba la compenetración de ideas y sentimientos, en cuanto a los planes tácticos y estratégicos, de los dos jefes supremos de la marina nacional, don Fadrique de Toledo y don Antonio de Oquendo, se le propone a este último por el Rey, o mejor dicho, por el omnipotente valido, un plan policíaco de traidora fiscalización de los manejos y secretos de su amigo, el Capitán General del Mar Océano. A Oquendo se le quería obligar a vigilar desde la sombra los pasos de su jefe.

Un hado maléfico debía hundir la reputación de aquel marino, indignado con las trapacerías y malas artes del desconcertante burócrata. Aclara este poco halagüeño episodio con singular maestría la pluma de Marañón, perfilando la sinuosa figura del grueso Guzmán en lucha rencorosa contra los Grandes de España:

«Toda su política es, en efecto, indica aquel escritor, una lucha contra los Grandes, movida en parte del rencor de agravios directos a su casa. Pero, además, don Gaspar tuvo un concepto evidentemente menguado de la capacidad de la aristocracia española». Según otro: «a todos los tenía por inútiles». (Gregorio Marañón, «Conde-Duque de Olivares», p. 88 y ss.).

No tardó en desencadenarse la tormenta. Rota la paciencia de Fadrique de Toledo ante las maniobras y desprecio de Olivares, lanza una terrible acusación contra el Ministro. Este, para alejarlo de su presencia, y evitar la competencia de tal enemigo le destina al Brasil. Aquél se niega. En su alegato justifica su negativa: «tener mucho que hacer en la Corte». Muchos años llevaba ya servidos «gastando su hacienda y derramando su sangre y no hecho un poltrón como el conde-duque».

En verdad, la conducta de aquel Quijote grotesco que fué Olivares, podríamos resumirla con las palabras de Francisco Ma-

nuel de Melo: «son testigos los ojos de Europa, de que en aquel célebre bufete tan venerado de la adulación española se han escrito más sentencias de perdición que instrucciones de victoria».

En un momento quedó en entredicho la fama del de Toledo. Sus victorias contra treinta y un unidades holandesas en el Estrecho; su victoria contra ochenta naves inglesas en la defensa de Lisboa y Cádiz en 1625; en 1626 la expulsión de los holandeses de la costa brasileña de Guayaquil, Puerto Rico, en las Antillas, etcétera.

Según indicamos más arriba, ordenósele a don Fadrique la dirección de una expedición marítima contra los holandeses en los mares americanos. Pero la exigüidad de los medios y elementos a la mano pareció a aquél tan desproporcionada que no vaciló en eludir la responsabilidad de tan delicada misión. La flor y nata de los jefes de la Marina hizo causa común con su superior. A todo esto se desató aquel ignominioso período de procesos y encarcelamientos y de fiscalización nimia de fortunas y penalización con multas, cuya víctima fatal fué don Fadrique. Firma Olivares sucesivamente una serie de medidas draconianas de multa de diez mil ducados, de diez años de destierro de los Reinos de Castilla, privación de mercedes, rentas, palacios e inhabilitación de todo cargo político y prisión en casa de un secretario en Madrid. Tales desventuras motivaron en don Fadrique una enfermedad y su muerte en casa ajena, sobrevenida el diez de diciembre a la edad de cincuenta años.

La conjura contra el ingrato Olivares se generalizó. Los Grandes se fueron retirando a sus casas. Los almirantes negaron su concurso a tan viles empresas. Así ocurrió con el del marqués de Cadereyta, con Ibarra, con Oquendo, con el marqués de Villafraña, etc. de suerte que el talento y crédito de tan beneméritos jefes marinos quedó postergado y aun más en entredicho.

Supuesto este necesario preámbulo, parece natural la proposición a Oquendo del papel de espía por dictado de Olivares, patentizada en las siguientes cartas: «me ha mandado Su Majestad, escribe el secretario Ochandiano (en todo ello cabe vislumbrar la sombra malhadada del conde-duque), que diga aquí aparte a

vuestra señoría a que en secreto y confidencialmente sin que lo entienda el señor don Fadrique de Toledo ni otra persona alguna, confiando Su Majestad del celo, lealtad e amor con que ha habido siempre su real servicio; le encarga que no solo avise a don Fadrique, pero que le inste y solicite para que dé la presteza necesaria a la salida de la Armada, y que con todo secreto vaya avisando el estado en que lo encontrara». (C. V. P., doc. 230, carta de 29 de julio de 1626). En otra vuelve a interesar a Oquendo en el mismo sentido.

Este modo de acuciar el interés de Oquendo estuvo muy en moda en el tiempo del famoso Guzmán, quien, como es sabido, se rodeaba de una camarilla de espías y soplones. A cambio de tales méritos no se recataba el Conde-Duque en prometer a don Antonio la ayuda más eficaz en la consecución del nombramiento de consejero de guerra, vacante por fallecimiento del insigne Diego Brochero de Paz y Anaya.

Bullían en la mente del engrandecido ministro sueños imperiales, ansiando reverdecer la política de guerra de Carlos V con el dominio de los Tercios y una política prepotente naval.

El pleito cumbre, que arma las fuerzas católicas de los Habsburgos y Austrias en Europa contra las potencias de la Antirreforma, absorbíale el seso. Con esta ocasión deseaba reponer las arcas de la Hacienda con la afluencia del oro y tesoros americanos transportados por las naves de la Carrera de las Indias. El conde-duque, con el estilo hiperbólico tan característico en él, urgía al donostiarra la pronta comisión del plan militar: «También fía lo mismo de vuestra señoría en cuanto a lo que ha de ayudar de su parte al señor don Fadrique de Toledo, porque no va en ello asegurar la plata menos que el ser de toda la Monarquía y la Cristiandad».

Eficaz intervención de Oquendo en el levantamiento del asedio de la Mámora.

Hallábase don Antonio de Oquendo, en Cádiz, en plan de invernada. A principios de mayo llega a sus manos un urgente des-

pacho del maestre de campo don Diego de Escobedo. Gobernaba éste la plaza fuerte de AL-MANDIYYAH (Mámora), cercana a Larache. En el comunicado le transmitía la alarmante situación debida al sitio tenaz por los moros.

Oquendo, rápido en la acción, y sin esperar la resolución del Rey, da cuenta el 10 de mayo, adjuntando la carta del Gobernador Escobedo, de su salida en socorro de los sitiados. En cuatro días preparó dos naves y algunos barcos más, con quinientos soldados de desembarco. Ni qué decir tiene cuánto plugo al Monarca tan audaz y ardida resolución. «Lo seré mucho, escribe el Rey, que hayáis executado en que habré recibido de Vos muy agradable servicio, y teniendo el efecto que espero en Dios, habrá tenido, mandaré, se tenga de él la memoria que es justo para haceros merced».

Escobedo resiste impávido los asaltos enemigos. Confía en el auxilio conveniente. Entre tanto el noble caballero del mar, Oquendo, que no entiende de etiquetas ni se aferra a los trámites curiales usados en tales casos, arma la espada por una causa justa y da cima feliz a la obra comenzada. Tras dominar recios temporales surge a la vista de las almenas africanas en trarce de caer en las manos de los moros. Ante la milagrosa aparición de Oquendo cunde el espanto de los asaltantes. Las espadas de los desembarcados, a una con la salida entusiasmada de los de la plaza, acorralan a las huestes enemigas que, impotentes y desmoralizadas, ponen pies en polvorosa. La inspirada acción de Oquendo se premia con el éxito total. Confundidos Escobedo y el donostiarra en emocionado abrazo rinden fervorosa acción de gracias al Altísimo.

La noticia del salvamento de la Mámora aureoló el nombre de Oquendo en aires de la fama. Plácemes generales y hasta una carta de puño y letra de Felipe IV consagraron la acreditada ejecutoria del donostiarra. «Quedo tan agradecido, escribe Su Majestad, a este servicio que me habéis hecho como él lo merece y os lo dirá esta demostración. Yo, el Rey, a diez y nueve de mayo de 1627».

No podía faltar en este concierto panegirista la voz cantante del Conde-Duque con unos de aquellos arrebatados párrafos a

que tan dado era. «Muy bien nos ha sacado vuestra merced del cuidado que nos ha tenido el sitio de la Mámora que ha sido muy conforme al valor y celo con que acude a cuanto se ofrezca al servicio de su Majestad que ha estimado como es justo, el que vuestra merced le haya hecho en esta ocasión. Y yo como tan interesado en él le doy muchas gracias por ello, quedando con el contento que es justo de ver tan bien lograda una acción tal obra por vuestra merced. Conde-Duque don Gaspar de Guzmán. Madrid, 8 de junio de 1627».

El eco de aquel feliz suceso resuena de nuevo en una carta de Olivares, escrita el 8 de junio al Duque de Fernandina, hermano de don Fadrique de Toledo: «señor mío vuestra señoría, Dios le guarde, nos saca siempre de cuidado, y no ha sido pequeño el del sitio de la Mámora, según los clamores que vienen de allá. Las galeras lo han hecho extremadamente bien con solo llegar».

Conocido es de los lectores el derrotero político social proyectado con altibajos de luz y de sombra por aquel hombre de temperamento tan extremista que da con frecuencia la impresión de anormalidad. En verdad la profundidad de los cambios temperamentales en el Conde, nos explica los hechos y episodios de la historia española del segundo cuarto del siglo XVII. El odio de la gente contra él—cuyas reacciones él percibía dolorosamente, tomando la forma de las más atroces inculpaciones—incubaba y aumentaba su depresión mental. Ahora bien, en el período de 1634 a 1638, Olivares conoce horas de exultación y de triunfo al compás de las victorias del Cardenal Infante en Nordlingen, y de la llegada feliz de las flotas de oro de América, cuyo portador es Oquendo.

Por aquel entonces se distingue el donostiarra como la figura más prestigiosa de la marina, en cuyas manos, cualquiera, a menos que no fuera de la camarilla de palaciegos envidiosos, vería a gusto y con toda justicia la vara de Capitán General del Mar Océano. Empero los prejuicios de casta impidieron la designación de Oquendo para tan supremo cargo.

De suerte que su inteligencia o ciencia náuticas tuvieron que ponerse al servicio como segundo de a bordo y como llevando del

brazo a los inexpertos e incapaces, ora el Marqués de Velada, ora el Duque de Maqueda, honrados inmerecidamente con la suprema jerarquía de la Marina Nacional. No obstante el celo y devoción admirable de Oquendo por el lustre y causa de la Monarquía, no era don Antonio de Oquendo un carácter que se dejara pisar los fueros de su dignidad y prestigio.

El episodio—a raíz del cual tuvo lugar su prisión en Fuenterrabía—y sucesiva defensa de su personalidad por la Junta General de Guipúzcoa nos lo confirma. Cuando posteriormente se remitió a su despacho un comunicado de don Fernando Ruiz de Contreras, secretario de la Casa de Contratación, en que se pretendía rebajar algún tanto su categoría, nos legó un claro testimonio de su honradez y alteza de miras en el desempeño de su cargo. ¡Preciosa autodeclaración, retrato de su alma! «Que si su Majestad quería que al General de la Armada de la Guardia se le comprendiera en esa disposición, mientras yo le sirviere, y me mandare sujetar a esta ley, no tan solamente la procuraré excusar, sino que le daré muchas gracias, porque mi forma de vida siempre ha sido, de suerte que me estará muy bien, que su Majestad y todo el mundo entiendan cual es, aunque en otros podía ser de poco aliento para imitalla: pues a mí sólo me han redundado de estas finezas pleytos, pesadumbres y costas en mi hacienda, cuando avia de esperar muchas mercedes».

¡Amarga confesión de indudable verdad! A pesar de todo, su corazón no era tan mezquino que le impidiera levantar el vuelo sobre la malquerencia rastrera del ¿Conde-Duque? o de los ineptos consejeros reales. El lo proclama virilmente y con dignidad cristiana: «Y todos los doy por bien empleados, pues el cumplir con mi conciencia y obligaciones es lo que más me ha movido a ello».

El año 1638 se reunían en junta los consejos de Estado y Guerra para deliberar sobre las medidas a adoptar en el deseo de conjurar las maquinaciones de holandeses y franceses. Estudióse la conveniencia de convocar urgentemente la escuadra del donostiarra surta en Menorca. Mas, juzgándose inaplazable el retraso de los veleros de Oquendo consiguiente a la navegación por todo el Mediterráneo y vuelta a las costas atlánticas hasta Pasajes, se

determinó la salida de Lope de Hoces del puerto de Coruña. En este momento se levantó Olivares, aportando la siguiente sugerencia y recalcó que «llegando a tiempo y no se descuidando Oquendo, tan esforzado de suyo y hombre ansioso de gloria y más viniendo esperanzado del vencimiento del enemigo, teniendo que cojer de camino así la escuadra de Hoces como la de Feijóo, porque las veinticinco que él mandaba, se venía a componer una armada de cincuenta navíos, igual que la francesa en el número, pero pujante en fuerzas y en la práctica de la tripulación».

La confianza de España descansaba una vez más en don Antonio de Oquendo y respiraba tranquila al saber que comandaba este valiente almirante las naves defensoras de sus intereses nacionales en los mares europeos. «Espérase agora a don Antonio de Oquendo que habiendo juntado su Armada con la que está en Coruña haga una visita al Arzobispo de Burdeos que está entreteniéndose con las naranjas (sic) en las de Colindres, y esperamos que por postre le dé a comer las agrias». Se vislumbraba un gran combate entre las dos armadas rivales, supuesto que no mucho antes el engallado Almirante francés había lanzado un reto a varios marinos españoles. No llegó, empero, a celebrarse, no por falta de Oquendo, sino por el prudente miedo de que hizo gala el nada glorioso amigo de Richelieu, el Arzobispo Henri d'Escobleu.

Felipe IV no daba paz a la pluma. Ni dejaba al fiel servidor de remunerarle con la más fina demostración de su afecto en carta especial expedida el 20 de julio de 1639. Ahora bien, al escrito real el Conde-Duque adjuntó una curiosísima comunicación en la que, al par de una lexicografía singular, nos revela su gran admiración y simpatía hacia el gran marino donostiarra. Siéntese satisfechísimo de que el Rey honre a Oquendo con el título de Vizconde, mas otra merced «a vuestra satisfacción a la vuelta de la batalla» (de las Dunas), a renglón seguido estampa las siguientes frases: «Señor don Antonio, Sea norabuena a vuestra señoría la merced, etc., y seale mucho más enhorabuena las que vuestra señoría puede esperar de esta jornada en que no suplico a vuestra señoría mas de que me sea muy devoto, porque ha de obrar cosas grandes y sin Dios no se puede obrar ninguna. Lo que doy yo

firmado a vuestra señoría de mi nombre es que las mercedes de su Majestad serán por ventura mayores de las que vuestra señoría imagina con creer yo que nadie imagina pocas en su favor. Debajo de esta prenda puede vuestra señoría que lo que escribo, lo escribo de orden de mi Rey, porque si me muriese este papel tenga el crédito, etc.»

En otra, referente a la calidad de los elementos constitutivos de la Armada invasora de Inglaterra, apuntaba el jocoso Olivares su inexperiencia en asuntos marinos reflejada en aquellas palabras: «yo le escribiré mis discursos imaginarios y sin experiencia para que se ría de ellos y conozca cuan poco rehusó errar... que con celo imprudente me hace arrojar con liviandad a materias tan ajenas a mi experiencia». De todos es conocida la acción y epílogo trágico de la batalla de las Dunas, solamente glorioso para don Antonio de Oquendo, en frase del eminente crítico naval Fernández Duro. El ajeteo y vigilia constantes sobrellevados por la frágil naturaleza de Oquendo postráronle gravemente en cama. Sabida por el Rey la delicada situación física de su Almirante Real, exterioriza sus sentimientos de aprecio y dolor con palabras harto significativas: «cosa que me ha causado mucho disgusto por la particular estimación que hago de vuestra persona debida a los muchos servicios que de ella he recibido en el decurso de tantos años (40), *especialmente en este último viaje*. Espero en nuestro Señor será servido que mejoréis de esta enfermedad; pero en cualquiera suceso debéis esperar de mí para vos y vuestra casa las honras y mercedes correspondientes a vuestros méritos; y olgaré me embieis aviso de ir convaleciendo. Yo el Rey».

Oquendo, semejante a Elcano, Irala, Legazpi, Urdaneta, Miguel Oquendo, Recalde, perteneció a la raza privilegiada de los héroes que supieron prestigiar al país vasco con el lustre de sus hazañas inconcebibles ante los enemigos de la cruz en el ancho mar cruzado por todos los meridianos y paralelos. ¡Que su memoria despierte en los organismos guipuzcoanos y donostiarras el homenaje a que es acreedor con realidades plausibles y comprensivas por su pueblo natal!
